

Garabatos y literatura: Kafka y su editor

Daniela Londoño Ciro

El salto que va y vuelve entre el garabato y la literatura, el del pensamiento, el del abismo, el de la torpeza o del tropiezo, tanto como el saltito, saltarín, brilloso, candoroso que se balancea entre una prístina mañana vista por el escritor insomne y el Día del Juicio, dan cuenta, en su efecto de vuelo o de revoloteo, de una historia, o de sus tramos. Se trata aquí de algunos fragmentos de memorias que hay en torno a los primeros libros publicados por Franz Kafka, y de la transformación de sus manuscritos, siempre en construcción –incluso desperdigados entre sus diarios en múltiples versiones–, en libritos que lo hacían dialogar con otros poetas de su tiempo. Trazo, salto, vuelo, trazo. Ambivalencia entre el deseo y el temor de ser publicado. Obstinación en la literatura y temblor de encarnarla.

28

Entre Leipzig y Praga

El nombre de Kurt Wolff es a lo mejor tan indesligable de la publicación de la obra de Kafka como el de Max Brod. Aquel fue el editor de sus primeros libros (e incluso de sus obras póstumas), afable interlocutor que atendió la palabra del amigo, quasi empresario de una gran estrella, sobre el hombre de aspecto adolescente, como sin edad, que vio por primera vez en su oficina en Leipzig, el 29 de junio de 1912, momento para el cual era socio de Ernst Rowohlt:

Callado, torpe, tierno, vulnerable, intimidado como un colegial examinándose del baillerato, convencido de la imposibilidad

de cumplir jamás con las expectativas que los elogios del empresario despertaban.

Los años sucesivos al primer encuentro no trajeron las escenas ni los tratos acostumbrados con otros autores, según recuerda el editor:

Mientras que con otros autores me comunicaba a menudo y, también a menudo, les animaba en su trabajo o les pedía manuscritos de palabra o por carta, frente a Kafka me sentía cohibido, no quería inmiscuirme en su mundo.

En numerosas ocasiones la comunicación entre ambos se dio a través de Brod. Si uno temía perturbar un mundo, el otro no quería inhibir los juicios quizá negativos que esperaba, por lo que la mediación del amigo resultaba ser una pudorosa y amable solución.

Las cartas intercambiadas entre Wolff y Kafka, o entre este y la Editorial (atendidas por G. H. Meyer), dejan ver tanto los detalles del proceso de sus libros como las sutilezas que amerita el trato con lo singular, y a menudo una suerte de cautela con la que se evita el pragmatismo en el vínculo con el autor. Más allá de la excepcionalidad que implica relacionarse con el escritor de Praga, en las cartas se percibe cierto arte de la labor que comienza con una manera de dialogar y prosigue con el esmero en la forma que han de cobrar los libros, lo cual agradece Kafka en varias ocasiones. Wolff le escribe en cierta oportunidad:

Ninguno de los autores con los que tenemos trato acude a nosotros para expresar algún deseo o alguna pregunta con tan poca frecuencia como usted. [...] esta indiferencia suya por sus libros no hace vacilar al editor en lo que respecta a su fe y confianza en la especial calidad de la publicación (3 de diciembre de 1921). Lo invita a no dudar de esto, a pesar de que las ventas no sean llamativas, convencido de que las mejores cosas no encuentran éxito en la inmediatez.

Pequeños textos que podrían constituir un librito

Junto con el primer envío que hizo a la editorial, en una carta del 12 de agosto de 1912, dirigida a Ernst Rowohlt, Kafka dice:

Aquí le envío los pequeños textos en prosa que deseaba Vd. ver; bien podrían constituir un librito. Al recopilarlos para este fin, a veces me he debatido entre el sosiego de mi sentido de la responsabilidad y el ansia de tener también yo un librito propio entre sus bellas publicaciones.

La editorial debía encontrar la solución para componer un volumen de una obra tan breve, y de esto tratan, no solo las primeras cartas, sino las siguientes relativas a otras entregas. Wolff le decía a Kafka en una carta de octubre de 1912: "Aún tengo dificultades para escoger el tipo de letra y el formato adecuados con el fin de otorgar mayor volumen a este manuscrito tan poco extenso" (las treinta y una páginas originales se convirtieron en un libro de cien). Y todavía en 1921 lo instaba a enviar "alguna vez un relato de mayor extensión o una novela" (sabía, por Brod, de los cientos de páginas que guardaba entre sus haberlos). Con todo, cuando Kafka hacía envíos parciales, se cuidaba de advertir la poca valía



de lo que se reservaba; cuando prometió remitir "El fogonero" con la intención de que se publicara aparte de su novela en ciernes *El desaparecido*, escribió: "no revela en absoluto las quinientas páginas completamente desafortunadas que siguen, pero con todo no está lo bastante terminado" (4 de abril de 1913).

En varias cartas relativas a selecciones de relatos ya publicados o a nuevas ediciones van y vienen ideas y solicitudes de Kafka respecto de lo que le es más caro, de lo que le genera dudas, de lo que no acepta... Se preocupa por la tipografía, el papel, la carátula, la colección en la que aparecerán sus textos, cuestiones que permiten al lector de hoy fi-

gurarse aspectos materiales de un libro y de otros, con sus cuidados detalles. Sobre una eventual reedición de “La condena”, para la que se le sugiere agruparla con otras de sus narraciones, le insiste al editor en que la quiere “en un tomito especial”: dado que “es una obra muy pequeña, pero también es más poema que narración, necesita espacio a su alrededor” (14 de agosto de 1916). En las cartas se habla de posibles (o imposibles) nuevos manuscritos, de correcciones de prueba, de ordenación de textos y títulos. Se diría que todo corresponde a lo rutinario de la edición, pero ya se ha insinuado que esto se encuentra atravesado por el trato casi prudente del editor y por las eventuales revelaciones del desasosiego del autor.

En sus diarios, Kafka habla a menudo de que no puede escribir. Y cuando va a publicar su primer libro —*Meditaciones* (*Betrachtung*, también traducido como *Contemplación*)—, se lamenta:

Nada, nada. Cuánto tiempo está quitándome la publicación del librito y cuánta dañosa infatuación ridícula surge al leer viejas cosas con vistas a su publicación (11 de agosto de 1912).

Si Rowohlt me lo devolviese y yo pudiera volver a encerrar todo y hacer como si no hubiese ocurrido, de forma que solo fuese tan desdichado como antes (20 de agosto de 1912).

El Día del Juicio, un nuevo día

Así fue descrita la célebre colección que apareció en la Editorial Kurt Wolff en 1913: “Der Jüngste Tag pretende ser más que un libro y menos que una librería: es la secuencia de la obra creativa de los poetas más jóvenes, surgida de la experiencia común del tiempo en que vivimos”. Se invocaba un “espíritu de época” y se proponía una cir-

culación amplia, con libros “al precio más económico”.

Varios críticos han identificado esta colección con el Expresionismo, dado que incluía escritores como Georg Heym, Georg Trakl, Franz Werfel, René Schickele, Karl Kraus; pero Kurt Wolff desestimó esa categorización reduccionista de la historia de la literatura y afirmó que su apuesta fue por el carácter individual de la creación y no por los intereses colectivos de ningún movimiento estético: “un colectivo no crea un poema, ni siquiera un verso”. Además, declaró sobre Kafka que tenía más afinidades con Johann Peter Hebel o con Kierkegaard que con escritores de su siglo, por lo que la acusación al editor de inscribirlo de forma errónea en un movimiento sería ajena a su propósito y, más todavía, a su comprensión del escritor.

En esa colección se publicaron “La condena” (*Das Urteil*), “El fogonero” (*Der Heizer*) y “La transformación” (*Die Verwandlung*). Kafka estuvo atento cada vez a que la presentación de sus obras no se falseara por cuenta de imágenes equívocas en sus carátulas. Al ver la ilustración de “El fogonero”, se sorprendió gratamente y celebró su belleza y potencia: “como imagen, resulta más concentrada que la prosa” (carta a Wolff, 25 de mayo de 1913). Fue enfático al solicitar que por ningún motivo apareciera un insecto en la cubierta de “La transformación”: “El insecto en sí no puede ser dibujado. [...] ni siquiera puede mostrarse desde cierta distancia”. En cambio, si acaso, sugería para la ilustración

escenas como, por ejemplo, los padres y el procurador ante la puerta cerrada o, mejor aún, los padres y la hermana en la estancia iluminada mientras se ve la puerta abierta



que da al cuarto vecino, completamente a oscuras (carta a Wolff, 25 de octubre de 1915).

En otro momento, tras otra puerta, la de su habitación en Praga, una noche, y hasta el alba, entre el 22 y el 23 de septiembre de 1912, Kafka escribió “La condena”. La historia cruzó por su cuerpo trepidante y este pasó por las aguas de la historia, vivió el fuego de lo inesperado y vio la mañana azul a través de la ventana:

Apagar la lámpara, claridad del día. Ligeros dolores cardíacos. [...] Solo así es posible escribir, solo con esa cohesión, con total abertura de cuerpo y alma. La mañana, en la cama. Los ojos cada vez más claros (*Diarios*, 23 de septiembre de 1912).

El incesante esfuerzo de escribir solo se compadece con el carácter inacabado de su obra, pero no porque no la diera a editar él mismo al considerar cada texto terminado, sino por la intrínseca imposibilidad de una conclusión que cada pieza o conjunto

parece encerrar. En este sentido, con lo paradójico que se muestre para los intereses del editor, una consideración de Kafka sobre “El fogonero” da tal vez una imagen auroral de algo cuya naturaleza nunca fue ultimarse: “es un fragmento y continuará siéndolo, ese futuro es lo que más efecto de final proporciona al capítulo” (carta a Wolff, 4 de abril de 1913).

31

Nota

- * La mayoría de citas del texto son del libro de Kurt Wolff, *Autores, libros y aventuras. Observaciones y recuerdos de un editor, seguidos de la correspondencia del autor con Franz Kafka*, publicado por Acantilado en el 2010; y unas cuantas citas de los *Diarios* de Kafka se indican con sus respectivas fechas.

Daniela Londoño Ciro es historiadora de la Universidad Nacional de Colombia y magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit. Es editora en la Editorial Universidad de Antioquia.